



Obra escénica “Cuéntame tus Huellas, Jalisco”
Participación I. Préstame tu voz

Gabina: En el pueblo, escuchaba puras cosas que no. Una vez escuché que a mi mamá la vendieron y eso no me lo contaron, yo lo escuché de la boca de mi mamá que platicaba con una señora.

Las vi sentadas en los equipales. Mi madre tenía su cuello tapado, el rebozo le cubría casi toda la cara.

—¿Pero cómo, Natalia? —dijo mi madrina Esperanza

—Sí, Esperanza, me vendieron —contestó mi mamá.

—Hijos de su puta vida.

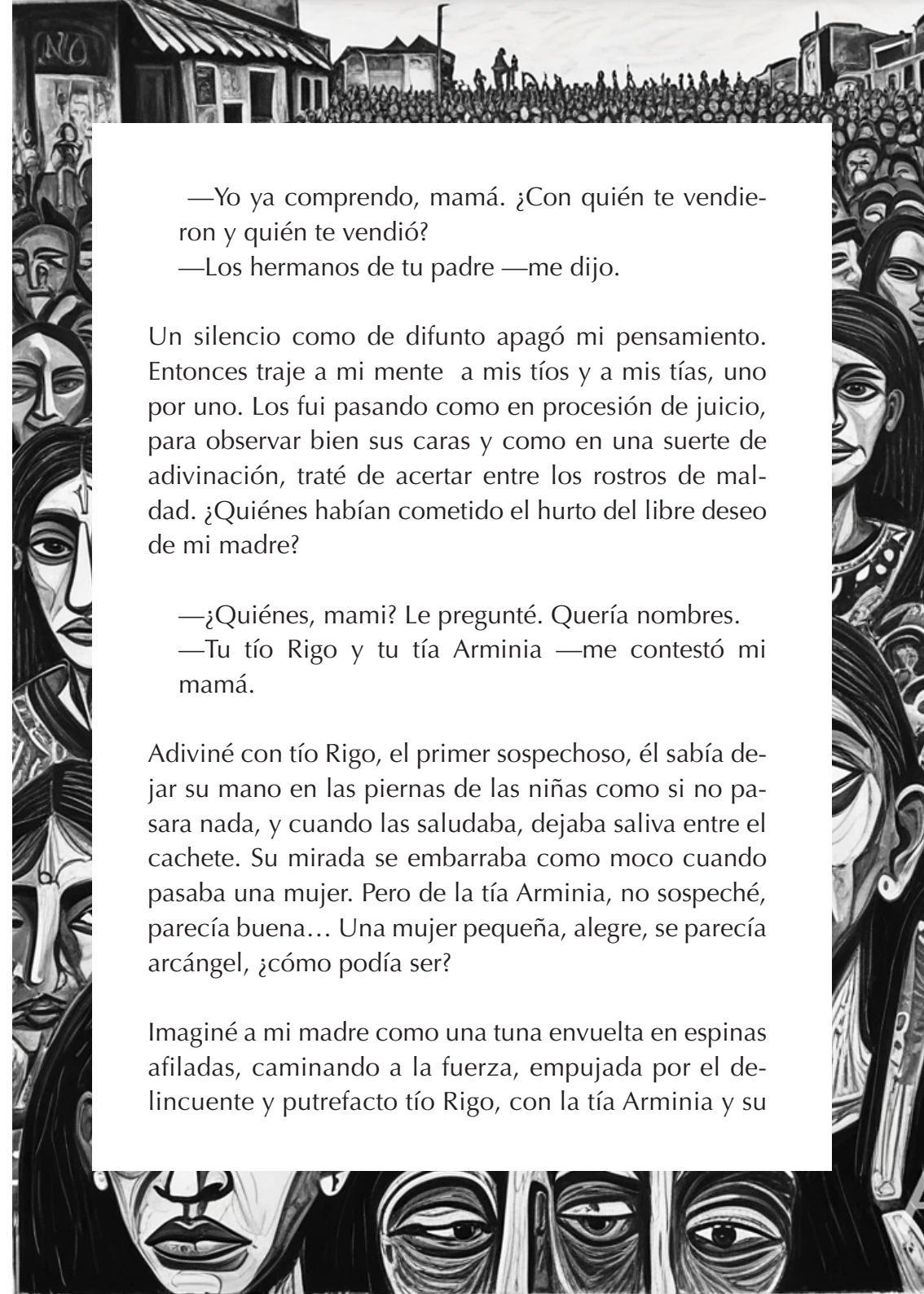
—¡Ay! Esperanza, ¡qué duro es ser viuda! Con un hombre a un lado, por lo menos a una la respetan.

Doña Esperanza y mi mamá escucharon que alguien corrió, seguro maliciaron que era yo, me metí a la casa sin que me vieran. No podía creer lo que escuché, pero fue tan claro. Un enojo me calentó tanto la sangre que la rabia me quedó en el cuerpo. Cuando miré que mi mamá entró a la casa, corrí a abrazarla.

—¿Quién te vendió, mamá? Dime. Yo te escuché —le dije.

—¡Mija! Estás muy chiquita...





—Yo ya comprendo, mamá. ¿Con quién te vendieron y quién te vendió?

—Los hermanos de tu padre —me dijo.

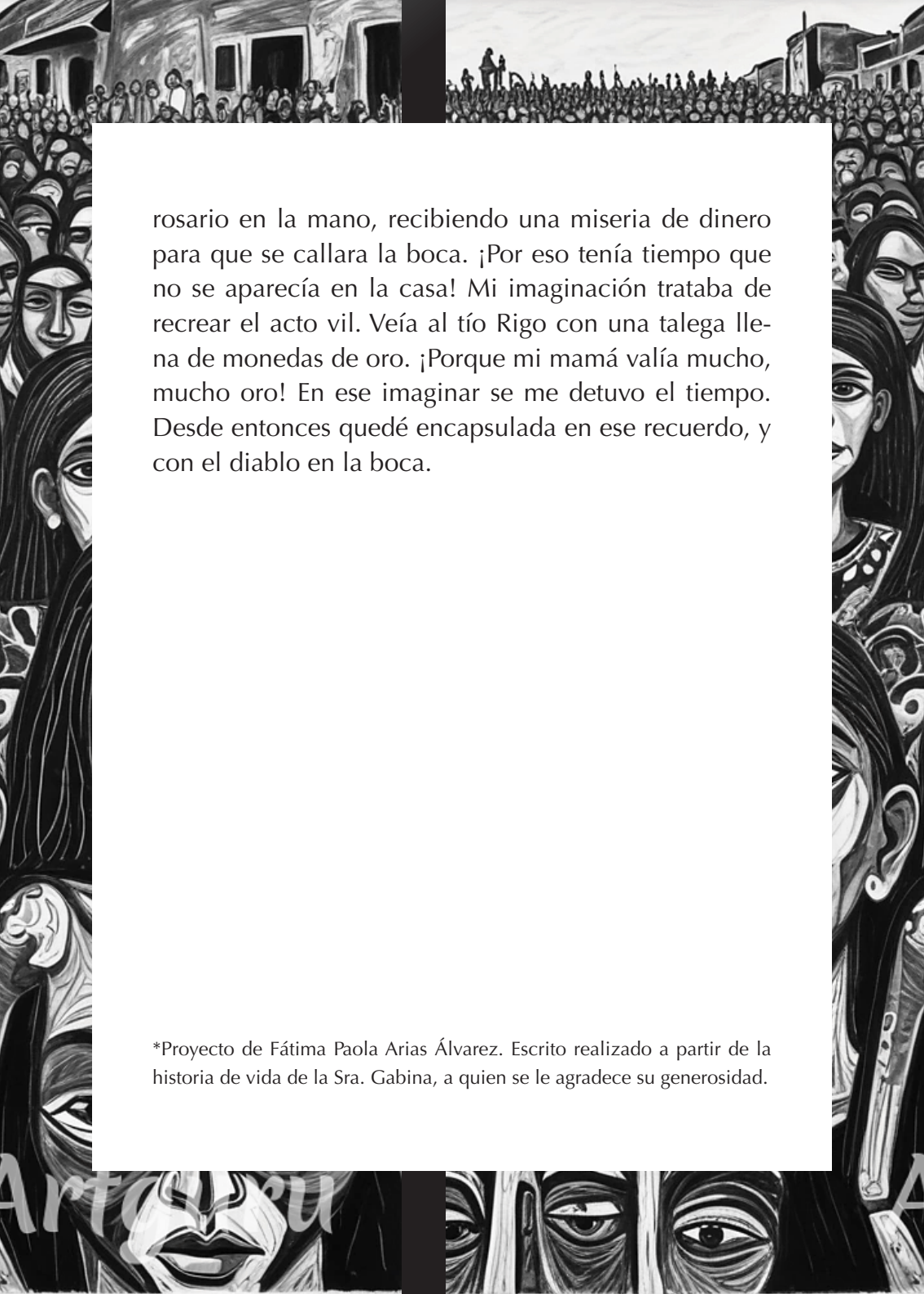
Un silencio como de difunto apagó mi pensamiento. Entonces traje a mi mente a mis tíos y a mis tías, uno por uno. Los fui pasando como en procesión de juicio, para observar bien sus caras y como en una suerte de adivinación, traté de acertar entre los rostros de maldad. ¿Quiénes habían cometido el hurto del libre deseo de mi madre?

—¿Quiénes, mami? Le pregunté. Quería nombres.

—Tu tío Rigo y tu tía Arminia —me contestó mi mamá.

Adiviné con tío Rigo, el primer sospechoso, él sabía dejar su mano en las piernas de las niñas como si no pasara nada, y cuando las saludaba, dejaba saliva entre el cachete. Su mirada se embarraba como moco cuando pasaba una mujer. Pero de la tía Arminia, no sospeché, parecía buena... Una mujer pequeña, alegre, se parecía arcángel, ¿cómo podía ser?

Imaginé a mi madre como una tuna envuelta en espinas afiladas, caminando a la fuerza, empujada por el delincuente y putrefacto tío Rigo, con la tía Arminia y su



rosario en la mano, recibiendo una miseria de dinero para que se callara la boca. ¡Por eso tenía tiempo que no se aparecía en la casa! Mi imaginación trataba de recrear el acto vil. Veía al tío Rigo con una talega llena de monedas de oro. ¡Porque mi mamá valía mucho, mucho oro! En ese imaginar se me detuvo el tiempo. Desde entonces quedé encapsulada en ese recuerdo, y con el diablo en la boca.

*Proyecto de Fátima Paola Arias Álvarez. Escrito realizado a partir de la historia de vida de la Sra. Gabina, a quien se le agradece su generosidad.

Artículo

